

Nº 926

Tres mil
Suplemento Cultural

Sábado 24 de noviembre de 2007 | Nº 3617 del año XVI segundo centenario | www.diariocolatino.com

DIARIO CO LATINO, MÁS DE UN SIGLO DE CREDIBILIDAD



LA TERNURA ES MUJER

MUJERES CON GUITARRA

Ana Ilce Gómez

Hay muchas mujeres lapidadas a lo largo
de la historia.
Su vida fue de jaurías y de toros rabiosos
de sangre alzada
de mordeduras largas.

Mujeres que le devolvieron al mundo
la embestida,
que se inmolaron o tuvieron que matar
para seguir viviendo,
esas que en la hora más oscura
roturaron el campo con sus uñas
para que vos y yo pasemos.

Hondas mujeres
que quizás una lenta madrugada
marcharon al fuego o a la horca
por cosas tales como desordenar
el orden público
por inventar una nueva manera de descifrar
la vida
por tener voz
o por infieles
o ateas.

Ellas ya no están. Sus cabezas reposan
sobre un siglo o dos. Sus ojos
ya no existen.

Pero de ellas perdura una hebra sutil
un hilo ciego que sin saberlo
nos hace crecer y despertarnos en la noche
con unas ganas inmensas de vivir
de derribar todos los muros
de desafiar todas las hogueras
así como de amar y de pulsar
todas
toditas las guitarras de la tierra.

De: Poemas de lo humano cotidiano



SI HAY DESAPARECIDOS NO HAY PAZ

**¿DONDE ESTÁ
ARQUÍMIDES CRUZ?**

Por una vida libre de violencia contras las mujeres

CONCERTACIÓN FEMINISTA PRUDENCIA AYALA

En El Salvador, a diario las mujeres vivimos alguna forma de violencia de género. Desde el acoso sexual en el bus, la violencia por parte de nuestras parejas en el hogar, la falta de reconocimiento al trabajo reproductivo que nos delegan y la deficiente atención que recibe nuestra salud, con un solo hospital de maternidad en todo el país, funcionando en pésimo estado.

El abanico de los diferentes tipos de violencia contra las mujeres es amplio, como el acoso sexual, la violencia sexual, el incesto, la explotación sexual de niñas y jóvenes, la apropiación del cuerpo de las mujeres. También están la maternidad forzada, la lesbo-fobia, los homicidios contra mujeres; aunada a la impunidad, a la falta de acceso a la justicia por parte de las mujeres y falta de políticas públicas que nos protejan. Además de la inequidad en la remuneración, el trabajo doméstico y la falta de servicios básicos que impacta mayormente a las mujeres.

Por otro lado, y pese a que los organismos de mujeres permanentemente presentamos propuestas de leyes, nuestras demandas ciudadanas no son atendidas; por el contrario los problemas que deberían retomarse desde el ámbito público – como las muertes de mujeres por abortos inseguros - son invisibilizados e incluso convertidos en delitos.

Todas las formas de violencia contra las mujeres son entendidas como FEMINICIDIO. Esta es una nueva propuesta de las feministas para entender este tipo de violencia basada en el ejercicio del poder masculino, y que va desde una humillación verbal hasta la expresión fatal como la muerte. En El Salvador, entre enero y septiembre del presente año, el Instituto de Medicina Legal registró 257 homicidios de mujeres. Según cifras oficiales, en un periodo de ocho años (1999-2006) los homicidios contra mujeres se incrementaron en un 224%.

Al decir FEMINICIDIO nos referimos a las mujeres asesinadas y también a los atentados cotidia-



nos y permanentes contra nuestra integridad, nuestros cuerpos, nuestras libertades y nuestras vidas como mujeres; cometidos por agresores conocidos y desconocidos, familiares, funcionarios públicos, representantes del Estado, de las iglesias, personas de confianza, etc.

Frente a esto, el Estado sólo muestra indiferencia. Y se convierte en agresor por partida doble al fomentar prácticas discriminatorias contra las mujeres y al negarse a crear nuevas leyes que nos garanticen una vida libre de violencia.

Prueba de ello es la falta de interés hacia los homicidios sistemáticos de mujeres, cuya cifra aumenta año con año, que no son investigados por las instancias correspondientes ni se proponen soluciones efectivas.

Además del desinterés, los discursos oficiales reflejan desconocimiento sobre este tema. Un ejemplo es el análisis que hacen atribuyendo toda la responsabilidad a las maras, pese a que diariamente la prensa salvadoreña refleja que el alto porcentaje de feminicidios ocurre en el espacio familiar y público, fuera del accionar de las pandillas.

Ante esta situación, las diferentes organizaciones de mujeres y las feministas independientes que conformamos la Concertación Feminista Prudencia Ayala, manifestamos:

j Que no existe voluntad política expresa y real por parte de los órganos del Estado para reconocer que los FEMINICIDIOS se producen en ambientes ideológicos, sociales, y culturales de machismo y misoginia.

j Que existe falta de interés e ineficiencia por parte de la Fiscalía General de la República para la investigación de los delitos co-

metidos contra las mujeres, lo que permite la **impunidad** sobre estos hechos, y más aún si se trata de violencia contra mujeres estigmatizadas socialmente, como las trabajadoras del sexo.

j Que existe deficiencia en la aplicación de las leyes y para la creación e implementación de políticas públicas que busquen prevenir y erradicar la violencia contra las mujeres.

j Que existe falta de conocimiento y sensibilización sobre las leyes nacionales e internacionales por parte de las y los aplicadores de justicia.

Por tanto, EXIGIMOS a los órganos Legislativo, Ejecutivo y Judicial:

1. Políticas públicas para la prevención, sanción y erradicación de la violencia contra las mujeres, con su respectivo presupuesto, en su compromiso de cumplir con las recomendaciones de organizaciones como Amnistía Internacional y de la Relatora de los Derechos Humanos de las Mujeres, de las Naciones Unidas.

2. La investigación y esclarecimiento de los homicidios de mujeres, y en general, de los casos de violencia contra las mujeres.

3. La aprobación de la Ley de Protección Integral a Víctimas de Violencia, la cual lleva más de tres años esperando en la Asamblea Legislativa.

4. La ratificación del Protocolo facultativo de la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra las Mujeres - CEDAW.

5. Aplicación adecuada de la legislación nacional y de los compromisos internacionales ante los casos de violencia contra las mujeres.

6. Reconocimiento y aplicación del concepto de FEMINICIDIO, en relación a la violencia contra las mujeres.

Dos cuentos de Ligia María Orellana

QUE DE TERNURA

I. CUENTO

Había una vez que se repitió a sí misma.
Una y otra y otra vez.

II. DOÑA ENÉSIMA Y EL ATENTADO ANTITERRORISTA

Doña Enésima Clark-González era viuda, y esa mañana había perdido sus lentes. Los buscaba desesperadamente por cada rincón, con la típica certeza de que les habían salido patas y se habían ido caminando. Lo que podría refutarse diciendo que les habían salido alas, no patas, y se fueron volando. Pero al final da igual, no los encontraba.

Doña Enésima no podía leer sin sus lentes. Le eran particularmente necesarios en la mañana, porque ella no podía desayunar sin leer el periódico. Era una lástima, porque ese día, en la sección "¡vida social!", aparecía el siguiente fragmento:

ESPERA A LA CIGÜEÑA

Ana Lúdica Aorta ha recibido una inesperada sorpresa. Descubrió recientemente que está embarazada de su novio (¡jups!) y deberá dejar sus estudios para encargarse del bebé. Sus padres, Carolino Aorta y Lalá de Aorta ofrecieron un té, porque a pesar de todo, están felices por la llegada del infante, que sin duda les ayudará a sobrellevar su crisis de andropausia y menopausia respectivamente. Sin embargo, aún no se descarta el aborto.

"Hay personas que buscan cada excusa para salir en el periódico", hubiera dicho doña Enésima si lo hubiera leído, siempre lista a escandalizarse por las prácticas más normales de la sociedad actual.

Eran las 7:30 de la mañana cuando empezó a buscar sus lentes; a las 8:24 se dio por vencida. Definitivamente, sus lentes se habían ido (caminando, volando, qué importa).

A las 9:30 salió de su casa de habitación, sin haber desayunado y, lo que es peor, sin haber leído el periódico. Se dirigió a un edificio multi-usos, a la segunda planta, donde estaba una sucursal de Ópticas Chocha, su mejor proveedor de aros, lentes y en general, como decía el lema, "todo

para su alegría ocular".

Había algo de lo que doña Enésima no se enteró. La verdad no se enteró ningún ciudadano, sólo los de alto rango que pertenecían a la muy estúpida Central de Inteligencia del Estado. A las 9:57 estaba programado un atentado antiterrorista, un ataque redentor apoyado por los Estados Hundidos, que en esos momentos estaba en guerra con Terrorismo, un país de extrañas costumbres.

Acorde con el plan, la bomba explotó a las 9:57, en el cuarto piso. No hace falta describir el caos y el terror de toda la nación, porque eso ya está muy visto gracias a la magia de la televisión y sus películas en horario estelar. Baste decir que a doña Enésima se la llevaron en ambulancia. Muy grave. Y sin lentes.

El General del Estado Mayor dio declaraciones a la prensa, a las trece horas con dos minutos, hora en todo el territorio nacional (menos en las Islas Bolsón, que estaban adelantadas una hora). Dijo que eran lamentables los daños colaterales (a él le daba igual), pero que había acabado con la vida de 32 presuntos terroristas que estaban en ese edificio (farsa, eran sólo cinco).

Doña Enésima murió ese día a las cinco de la tarde (o como diría el General del Estado Mayor, a las diecisiete horas), y fue enterrada, sin lentes, al día siguiente en el Cementerio del Ilustre Daño Colateral. Su pequeña familia, una hermana con su esposo e hijos, asistió al funeral.

De hecho fue su hermana quien, dos días después, encontró los lentes de doña Enésima en el basurero de su dormitorio. Doña Enésima olvidó por completo que ya no los necesitaba, porque por ser una mujer de fe, la Virgen de Guadalupe había obrado con bondad sobre ella, devolviéndole la vista 20/20 a sus cansados ojos, justo un día antes del trágico evento.

Ana Lúdica abortó, no volvió a tener hijos, y murió de cáncer uterino. Lo cual también consideramos un trágico evento.

(Tomado del libro "Combustiones Espontáneas" (Talleres Gráficos UCA, 2004)

NOTA BIOGRÁFICA DE LA AUTORA

LIGIA MARÍA ORELLANA ES ESTUDIANTE EGRESADA DE PSICOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA JOSÉ SIMEÓN CAÑAS (UCA) DE SAN SALVADOR. HA PUBLICADO "COMBUSTIONES ESPONTÁNEAS" (CUENTO, 2004). DEDICADA A LA INVESTIGACIÓN, ESCRIBE CUENTO EN SUS HORAS LIBRES.



A Karla Zamora

La luna es un marinero
Capitán sencillo que tiene de navío
nuestros ojos
Aunque los cerremos él se quedará
navegando en nuestra noche

Me gustaría contarte que el sol de cada día
Es un nuevo intento del girasol por
ser eterno

Me gustaría sentarme a tu lado
Darte un abrazo con todos los brazos
que te quieren

Me gustaría escribirte una canción alegre
Y sólo puedo ir compartiéndote mi tristeza

Porque él ya no vendrá
No sonará ya más el teléfono preguntando
a qué hora puede venir
No sonará el timbre, ni oiré su nombre
Con acento de agua que se enreda
en las piedras

Ya no se quedará su sombrero en la mesa
de afuera
Ni será necesario buscar los ceniceros

Ya ves que tan cerca nos ponen
las ausencias
Que ternura despiertan los que nos dejan

Y entonces
Para qué decir más

Estuardo Álvarez
Poeta guatemalteco

Las Siguanabas y Café Cultural «El Aire» Presentan el performance: «La Cargadora del tiempo»

«Érase una vez, una Diosa **cargadora del tiempo**, que caminaba infatigablemente por colinas y montañas con sus días a cuestas. Gracias a ellas los días avanzaban inexorablemente en una letanía que no conocía fin...»

**Sábado 24 de noviembre
8:00 p.m.**

Café Cultural «El Aire»
Boulevard Constitución
Calle Londres y Avenida Florencia n° 37
Colonia Miralvalle, San Salvador
Teléfono 2517 6950



La lengua de las mariposas

MANUEL RIVAS

(Texto completo para los lectores del Suplemento Cultural Tres Mil)

«¿Qué hay, Gorrión? Espero que este año podamos ver por fin la lengua de las mariposas».

El maestro aguardaba desde hacía tiempo que le enviaran un microscopio a los de la instrucción pública. Tanto nos hablaba de cómo se agrandaban las cosas menudas e invisibles por aquel aparato que los niños llegábamos a verlas de verdad, como si sus palabras entusiastas tuvieran un efecto de poderosas lentes.

«La lengua de la mariposa es una trompa enroscada como un resorte de reloj. Si hay una flor que la atrae, la desenrolla y la mete en el cáliz para chupar. Cando lleváis el dedo humedecido a un tarro de azúcar ¿a que sienten ya el dulce en la boca como si la yema fuera la punta de la lengua? Pues así es la lengua de la mariposa». Y entonces todos teníamos envidia de las mariposas. Que maravilla. Ir por el mundo volando, con esos trajes de fiesta, y parar en flores como tabernas con barriles llenos de jarabe.

Yo quería mucho a aquel maestro. Al principio, mis padres no podían creerlo. Quiero decir que no podían entender como yo quería a mi maestro. Cuando era un «picarito», la escuela era una amenaza terrible. Una palabra que cimbraba en el aire como una vara de mimbre. «¡Ya verás cuando vayas a la escuela!» Dos de mis tíos, como muchos otros mozos, emigraron a América por no ir de quintos a la guerra de Marruecos. Pues bien, yo también soñaba con ir a América sólo por no ir a la escuela. De hecho, había historias de niños que huían al monte para evitar aquel suplicio. Aparecían a los dos o tres días, ateridos y sin habla, como desertores de la batalla del Barranco del Lobo. Yo iba para seis años y me llamaban todos Gorrión. Otros niños de mi edad ya trabajaban. Pero mi padre era sastre y no tenía tierras ni ganado.

Prefería verme lejos y no enredando en el pequeño taller de costura. Así pasaba gran parte del día correteando por la Alameda, y fue Cordeiro, el recolector de basura y hojas secas, el que me puso el apodo. «Pareces un gorrión».

Creo que nunca corrí tanto como aquel verano anterior al ingreso en la escuela. Corría como un loco y a veces sobrepasaba el límite de la Alameda y seguía lejos, con la mirada puesta en la cima



«¿Qué hay, Gorrión? Espero que este año podamos ver por fin la lengua de las mariposas».

del monte Sinaí, con la ilusión de que algún día me saldrían alas y podría llegar a Buenos Aires. Pero jamás sobrepasé aquella montaña mágica.

«¡Ya verás cuando vayas a la escuela!»

Mi padre contaba como un tormento, como si le arrancara las amígdalas con la mano, la manera en que el maestro les arrancaba la jeadá del habla para que no dijeran ajua ni jato ni jracias. «Todas las mañanas teníamos que decir la frase 'Los pájaros de Guadalajara tienen la garganta llena de trigo'. ¡Muchos palos llevábamos por culpa de Juadalagara!» Si de verdad quería meterme miedo, lo consiguió. La noche de la víspera no dormí. Encogido en la cama, escuchaba el reloj de la pared en la sala con la angustia de un condenado. El día llegó con una claridad de mandil de carnicero. No mentiría si les dijera a mis padres que estaba enfermo.

El miedo, como un ratón, me roía por dentro.

Y me meé. No me meé en la cama sino en la escuela.

Lo recuerdo muy bien. Pasaron tantos años y todavía siento una humedad cálida y vergonzosa escurriendo por las piernas. Estaba sentado en el último pupitre, medio escondido con la esperanza de que nadie se percatara de mi existencia, hasta poder salir y echar a volar por la Alameda.

«A ver, usted, ¡póngase de piel!»

El destino siempre avisa. Levanté los ojos y vi con espanto que la orden iba para mí. Aquel maestro feo como un bicho me señalaba con la regla. Era pequeña, de madera, pero a mí me pareció la lanza de Abd el-Krim.

«¿Cuál es su nombre?»

«Gorrión»

Todos los niños rieron a carcajadas. Sentí como si me batieran con latas en las orejas.

«¿Gorrión?»

No recordaba nada. Ni mi nombre. Todo lo que yo había sido hasta entonces había desaparecido de mi cabeza. Mis padres eran dos figuras borrosas que se desvanecían en la memoria. Miré cara al ventanal, buscando con angustia los árboles de la alameda.

Y fue entonces cuando me meé.

Cuando se dieron cuenta los otros rapaces, las carcajadas aumentaron y resonaban como trallazos.

Huí. Eché a correr como un loquito con alas. Corría, corría como solo se corre en sueños y viene tras de uno el Sacaúnto. Yo estaba convencido de que eso era lo que hacía el maestro. Venir tras de mí. Podía sentir su aliento en el cuello y el de todos los niños, como jauría de perros a la caza de un zorro. Pero cuando llegué a la altura del palco de la música y miré cara atrás, vi que nadie me había seguido, que estaba solo con mi

miedo, empapado de sudor y de meos. El palco estaba vacío. Nadie parecía reparar en mí, pero yo tenía la sensación de que toda la villa estaba disimulando, que docenas de ojos censuradores acechaban en las ventanas, y que las lenguas murmuradoras no tardarían en llevarle la noticia a mis padres. Las piernas decidieron por mí. Caminaron hacia el Sinaí con una determinación desconocida hasta entonces. Esta vez llegaría hasta A Coruña y embarcaría de polisón en uno de esos navíos que llevan a Buenos Aires.

Desde la cima del Sinaí no se veía el mar sino otro monte más grande todavía, con peñascos recortados como torres de una fortaleza inaccesible. Ahora recuerdo con una mezcla de asombro y nostalgia lo que tuve que hacer aquel día. Yo sólo, en la cima, sentado en silla de piedra, bajo las estrellas, mientras en el valle se movían como luciérnagas los que con candil andaban en mi búsqueda. Mi nombre cruzaba la noche cabalgando sobre los aullidos de los perros. No estaba sorprendido. Era como si atravesara la línea del miedo. Por eso no lloré ni me resistí cuando llegó donde mi la sombra regia de Cordeiro. Me envolvió con su chaquetón y me abrazó en su pecho. «Tranquilo Gorrión, ya pasó todo».

Dormí como un santo aquella noche, pegadito a mamá. Nadie me

reprendió. Mi padre se había quedado en la cocina, fumando en silencio, con los codos sobre el mantel de hule, las colillas amontonadas en el cenicero de concha de vieira, tal como pasara cuando había muerto la abuela.

Tenía la sensación de que mi madre no me había soltado de la mano en toda la noche.

Así me llevó, agarrado como quien lleva un serón en mi vuelta a la escuela. Y en esta ocasión, con corazón sereno, pude fijarme por vez primera en el maestro. Tenía la cara de un sapo.

El sapo sonreía. Me pellizcó la mejilla con cariño. «¡Me gusta ese nombre, Gorrión!» Y aquel pellizco me hirió como un dulce de café. Pero lo más increíble fue cuando, en el medio de un silencio absoluto, me llevó de la mano cara a su mesa y me sentó en su silla. Y permaneció de pie, agarró un libro y dijo:

«Tenemos un nuevo compañero. Es una alegría para todos y vamos a recibirlo con un aplauso». Pensé que me iba a mear de nuevo por los pantalones, pero sólo noté una humedad en los ojos. «Bien, y ahora, vamos a comenzar con un poema. ¿A quien le toca? ¿Romualdo? Ven, Romualdo, acércate. Ya sabes, despacito y en voz bien alta».

A Romualdo los pantalones cortos le quedaban ridículos. Tenía las piernas muy largas y oscuras, con las rodillas llenas de heridas.

«Una tarde parda y fría...»

«Un momento, Romualdo, ¿qué es lo que vas a leer?» «Una poesía, señor».

«¿Y como se titula?»

«Recuerdo infantil. Su autor es don Antonio Machado»

«Muy bien, Romualdo, adelante. Despacito y en voz alta. Repara en la puntuación»

El llamado Romualdo, a quien yo conocía de acarrear sacos de piñas como niño que era de Altamira, carraspeó como un viejo fumador de picadura y leyó con una voz increíble, espléndida, que parecía salida de la radio de Manolo Suárez, el indiano de Montevideo.

«Una tarde parda y fría de invierno. Los colegiales estudian. Monotonía de lluvia tras los cristales. Es la clase. En un cartel se representa a Cain fugitivo, y muerto Abel, junto a una marcha carmin...»

«Muy bien. ¿Qué significa mo-

notonía de lluvia, Romualdo?», preguntó el maestro.

«Que llueve después de llover, don Gregorio».

«¿Rezaste?», preguntó mamá, mientras pasaba la plancha por la ropa que papá cosiera durante el día. En la cocina, la olla de la cena despedía un aroma amargo de nabiza.

«Pues sí», dije yo no muy seguro. «Una cosa que hablaba de Caín y Abel».

«Eso está bien», dijo mamá. «No se por que dicen que ese nuevo maestro es un ateo».

«¿Qué es un ateo?»

«Alguien que dice que Dios no existe». Mamá hizo un gesto de desagrado y pasó la plancha con energía por las arrugas de un pantalón.

«¿Papá es un ateo?»

Mamá posó la plancha y me miró fijo.

«¿Cómo va a ser papá un ateo? ¿Cómo se te ocurre preguntar esa pavada?»

Yo había escuchado muchas veces a mi padre blasfemar contra Dios. Lo hacían todos los hombres. Cuando algo iba mal, escupían en el suelo y decían esa cosa tremenda contra Dios.

Decían dos cosas: Cajo en Dios, cajo en el Demonio. Me parecía que sólo las mujeres creían de verdad en Dios.

«¿Y el Demonio? ¿Existe el Demonio?»

«¡Por supuesto!»

El hervor hacía bailar la tapa de la olla. De aquella boca mutante salían vaharadas de vapor e gargajos de espuma y berza. Una abeja revoloteaba en el techo alrededor de la lámpara eléctrica que colgaba de un cable trenzado. Mamá estaba enfurruñada como cada vez que tenía que planchar. Su cara se tensaba cuando marcaba la raya de las perneras. Pero ahora hablaba en un tono suave y algo triste, como si se refiriera a un desvalido.

«El Demonio era un ángel, pero se hizo malo».

La abeja batió contra la lámpara, que osciló ligeramente y desordenó las sombras.

«El maestro dijo hoy que las mariposas también tienen lengua, una lengua finita y muy larga, que llevan enrollada como el resorte de un reloj. Nos la va a enseñar con un aparato que le tienen que mandar de Madrid. ¿A que parece mentira eso de que las mariposas tengan lengua?»

«Si él lo dice, es cierto. Hay muchas cosas que parecen mentira y son verdad. ¿Te gusta la escuela?»

«Mucho. Y no pega. El maestro no pega»

No, el maestro don Gregorio no pegaba. Por lo contrario, casi siempre sonreía con su cara de sapo. Cuando dos peleaban en el recreo, los llamaba, «parecen carneros» y hacía que se dieran la mano.

Luego, los sentaba en el mismo pupitre. Así fue como hice mi mejor amigo, Dombodán, grande, bondadoso y torpe. Había otro rapaz, Eladio, que tenía un lunar en la mejilla, en el que golpearía con gusto, pero nunca lo hice por miedo a que el maestro me mandara darle la mano y que me cambiara junto a Dombodán. El modo que tenía don Gregorio de mostrar un gran enfado era el silencio.

«Si ustedes no se callan, tendré que callar yo».

Y iba cara al ventanal, con la mirada ausente, perdida en el Sinaí. Era un silencio prolongado, desasosegante, como si nos dejara abandonados en un extraño país.

Sentí pronto que el silencio del maestro era el peor castigo imaginable. Porque todo lo que tocaba era un cuento atrapante. El cuento podía comenzar con una hoja de papel, después de pasar por el Amazonas y el sístole y diástole del corazón. Todo se enhebraba, todo tenía sentido. La hierba, la oveja, la lana, mi frío. Cuando el maestro se dirigía al mapamundi, nos quedábamos atentos como si se iluminara la pantalla del cine Rex. Sentíamos el miedo de los indios cuando escucharon por vez primera el relincho de los caballos y el estampido del arcabuz. Íbamos a lomo de los elefantes de Aníbal de Cartago por las nieves de los Alpes, camino de Roma. Luchamos con palos y piedras en Ponte Sampaio contra las tropas de Napoleón. Pero no todo eran guerras.

Hacíamos hoces y rejas de arado en las herrerías del Incio. Escribimos cancioneros de amor en

Provenza y en el mar de Vigo. Construimos el Pórtico da Gloria. Plantamos las patatas que vinieron de América. Y a América emigramos cuando vino la peste de la patata.

«Las patatas vinieron de América», le dije a mi madre en el almuerzo, cuando dejó el plato delante mío.

«¿Que iban a venir de América! Siempre hubo patatas», sentenció ella.

«No. Antes se comían castañas. Y también vino de América el maíz». Era la primera vez que tenía clara la sensación de que, gracias al maestro, sabía cosas importantes de nuestro mundo que ellos, los padres, desconocían.

Pero los momentos más fascinantes de la escuela eran cuando el maestro hablaba de los bichos. Las arañas de agua inventaban el submarino. Las hormigas cuidaban de un ganado que daba leche con azúcar y cultivaban hongos. Había un pájaro en Australia que pintaba de colores su nido con una especie de óleo que fabricaba con pigmentos vegetales. Nunca me olvidaré. Se llamaba tilonorrinco. El macho ponía una orquídea en el nuevo nido para atraer a la hembra.

Tal era mi interés que me convertí en el suministrador de bichos de don Gregorio y él me acogió como el mejor discípulo. Había sábados y feriados que pasaba por mi casa y íbamos juntos de excursión. Recorriamos las orillas del río, las gándaras, el bosque, y subíamos al monte Sinaí. Cada viaje de esos era para mí como una ruta del descubrimiento. Volvíamos siempre con un tesoro. Una mantis. Una libélula. Un escornabois. Y una mariposa distinta cada vez, aunque yo solo recuerde el nombre de una es la que el maestro llamó Iris, y que brillaba hermosísima posada en el barro o en el estiércol.

De regreso, cantábamos por las

corredoiras como dos viejos compañeros. Los lunes, en la escuela, el maestro decía: «Y ahora vamos a hablar de los bichos de Gorrión».

Para mis padres, esas atenciones del maestro eran una honra. Aquellos días de excursión, mi madre preparaba la merienda para los dos. «No hacía falta, señora, yo ya voy comido», insistía don Gregorio. Pero a la vuelta, decía: «Gracias, señora, exquisita la merienda».

«Estoy segura de que pasa necesidades», decía mi madre por la noche.

«Los maestros no ganan lo que tienen que ganar», sentenciaba, con sentida solemnidad, mi padre. «Ellos son las luces de la República».

«¡La República, la República! ¡Ya veremos donde va a parar la República!»

Mi padre era republicano. Mi madre, no. Quiero decir que mi madre era de misa diaria y los republicanos aparecían como enemigos de la Iglesia.

Procuraban no discutir cuando yo estaba delante, pero muchas veces los sorprendía.

«¿Qué tienes tu contra Azaña? Esa es cosa del cura, que te anda calentando la cabeza»

«Yo a misa voy a rezar», decía mi madre.

«Tú, sí, pero el cura no»

Un día que don Gregorio vino a recogerme para ir a buscar mariposas, mi padre le dijo que, si no tenía inconveniente, le gustaría «tomarle las medidas para un traje».

El maestro miró alrededor con desconcierto.

«Es mi oficio», dijo mi padre con una sonrisa.

«Respeto muchos los oficios», dijo por fin el maestro.

Don Gregorio llevó puesto aquel traje durante un año y lo llevaba también aquel día de julio de 1936 cuando se cruzó conmigo en la alameda, camino del ayuntamiento.

«¿Qué hay, Gorrión? A ver si este año podemos verles por fin la lengua a las mariposas»

Algo extraño estaba por suceder. Todo el mundo parecía tener prisa, pero no se movía. Los que miraban para la derecha, viraban cara a la izquierda. Cordeiro, el recolector de basura y hojas secas, estaba sentado en un banco, cerca del palco de la música. Yo nunca vi sentado en un banco a Cordeiro. Miró cara para arriba, con la mano de visera. Cuando Cordeiro miraba así y callaban los pájaros era que venía una tormenta.

Sentí el estruendo de una moto

solitaria. Era un guarda con una bandera sujeta en el asiento de atrás. Pasó delante del ayuntamiento y miró cara a los hombres que conversaban inquietos en el porche. Gritó: «¡Arriba España!» Y arrancó de nuevo la moto dejando atrás una estela de estallidos.

Las madres comenzaron a llamar por los niños. En la casa, parecía haber muerto otra vez la abuela. Mi padre amontonaba colillas en el cenicero y mi madre lloraba y hacía cosas sin sentido, como abrir el grifo del agua y lavar los platos limpios y guardar los sucios.

Llamaron a la puerta y mis padres miraron el picaporte con desasosiego. Era Amelia, la vecina, que trabajaba en la casa de Suárez, el indiano.

«¿Saben lo que está pasando? En la Coruña los militares declararon el estado de guerra. Están disparando contra el Gobierno Civil»

«¡Santo cielo!», se persignó mi madre.

«Y aquí», continuó Amelia en voz baja, como si las paredes oyeran, «Se dice que el alcalde llamó al capitán de carabineros pero que este mandó decir que estaba enfermo».

Al día siguiente no me dejaron salir a la calle. Yo miraba por la ventana y todos los que pasaban me parecían sombras encogidas, como si de pronto cayera el invierno y el viento arrastrara a los gorriónes de la Alameda como hojas secas.

Llegaron tropas de la capital y ocuparon el ayuntamiento. Mamá salió para ir a la misa y volvió pálida y triste, como si se hiciera vieja en media hora.

«Están pasando cosas terribles, Ramón», oí que le decía, entre sollozos, a mi padre. También él había envejecido. Peor todavía. Parecía que había perdido toda voluntad.

Se arrellanó en un sillón y no se movía. No hablaba. No quería comer.

«Hay que quemar las cosas que te comprometan, Ramón. Los periódicos, los libros. Todo»

Fue mi madre la que tomó la iniciativa aquellos días. Una mañana hizo que mi padre se arreglara bien y lo llevó con ella a la misa. Cuando volvieron, me dijo: «Ven, Moncho, vas a venir con nosotros a la alameda».

Me trajo la ropa de fiesta y, mientras me ayudaba a anudar la corbata, me dijo en voz muy grave: «Recuerda esto, Moncho. Papá no era republicano. Papá no era amigo del alcalde. Papá no hablaba mal de los curas. Y otra cosa muy im-



La lengua de las mariposas

TOMÁS ANDRÉU

portante, Moncho. Papá no le regaló un traje al maestro».

«Si que lo regaló».

«No, Moncho. No lo regaló. ¿Entendiste bien? ¡No lo regalo!»

Había mucha gente en la Alameda, toda con ropa de domingo. Bajaran también algunos grupos de las aldeas, mujeres enlutadas, paisanos viejos de chaleco y sombrero, niños con aire asustado, precedidos por algunos hombres con camisa azul y pistola en el cinto. Dos filas de soldados abrían un corredor desde la escalinata del ayuntamiento hasta unos camiones con remolque entoldado, como los que se usaban para transportar el ganado en la feria grande.

Pero en la alameda no había el alboroto de las ferias sino un silencio grave, de Semana Santa. La gente no se saludaba. Ni siquiera parecían reconocerse los unos a los otros. Toda la atención estaba puesta en la fachada del ayuntamiento.

Un guardia entreabrió la puerta y recorrió el gentío con la mirada. Luego abrió del todo e hizo un gesto con el brazo. De la boca oscura del edificio, escoltados por otros guardas, salieron los detenidos, iban atados de manos y pies, en silente cordada. De algunos no sabía el nombre, pero conocía todos aquellos rostros. El alcalde, el de los sindicatos, el bibliotecario del ateneo Resplandor Obrero, Charli, el vocalista de la orquesta Sol y Vida, el cantero q quien llamaban Hércules, padre de Dombodán... Y al cabo de la cordada, jorobado y feo como un sapo, el maestro.

Se escucharon algunas órdenes y gritos aislados que resonaron en la Alameda como petardos. Poco

a poco, de la multitud fue saliendo un ruge-ruge que acabó imitando aquellos apodos.

« ¡Traidores! ¡Criminales! ¡Rojos!»

«Grita tu también, Ramón, por lo que más quieras, ¡grita!». Mi madre llevaba agarrado del brazo a papá, como si lo sujetara con toda su fuerza para que no desfalleciera. « ¡Que vean que gritas, Ramón, que vean que gritas!»

Y entonces oí como mi padre decía « ¡Traidores» con un hilo de voz. Y luego, cada vez más fuerte, «¡Criminales! ¡Rojos!» Saltó del brazo a mi madre y se acercó más a la fila de los soldados, con la mirada enfurecida cara al maestro. « ¡Asesino! ¡Anarquista! ¡Comeniños!»

Ahora mamá trataba de retenerlo y le tiró de la chaqueta discretamente. Pero él estaba fuera de sí. « ¡Cabron! ¡Hijo de mala madre!» Nunca le había escuchado llamar eso a nadie, ni siquiera al árbitro en el campo de fútbol. «Su madre no tiene la culpa, ¿eh, Moncho?, recuerda eso». Pero ahora se volvía cara a mi enloquecido y me empujaba con la mirada, los ojos llenos de lágrimas y sangre. « ¡Gritale tu también, Monchiño, gritale tu también!»

Cuando los camiones arrancaron cargados de presos, yo fui uno de los niños que corrían detrás lanzando piedras. Buscaba con desesperación el rostro del maestro para llamarle traidor y criminal. Pero el convoy era ya una nube de polvo a lo lejos y yo, en el medio de la alameda, con los puños cerrados, sólo fui capaz de murmurar con rabia: « ¡Sapo! ¡Tilonorinco! ¡Iris!».

*Texto tomado de www.uhu.es

La primera vez que vi a Fernando Fernán Gómez fue en la película "La lengua de las mariposas" del director José Luis Cuerda. En ella se narra la genial historia de un niño tímido, aterrorizado por la idea de asistir a la escuela por primera vez y la de un maestro entregado a la enseñanza y el saber. El maestro, Don Gregorio (Fernando Fernán Gómez) será decisivo en la vida de su pequeño discípulo Moncho (Manuel Lozano), pues le abrirá la curiosidad por la vida y sus misterios. La película plantea muchos temas, pero en especial se centra en la extraordinaria relación que un adulto puede llegar a tener con un niño. "La lengua de las mariposas" pone de manifiesto que no hay fronteras generacionales cuando hay empatía, a no ser que la empatía sea interrumpida por factores externos como la guerra y la política, tal y como sucede al final de la cinta, pues un personaje siniestro aparece de fondo en el transcurso del relato y es el espectro de la guerra, el espectro del nacimiento de la Guerra Civil española en 1936. El guión de la película se hizo a partir de un cuento (La lengua de las mariposas) que forma parte del libro "¿Que me quieres, amor?" de Manuel Rivas. Estrenada en 1999, "La lengua de las mariposas" es toda una herramienta didáctica para quienes se dedican a la enseñanza, pues expone cómo el conocimiento debe de ir en función de los valores humanistas y no de regímenes polí-

ticos y de poder, pues lo que significó tiempo y esfuerzo en la transmisión de conocimiento, en segundos puede ser manipulado al no estar orientado al desarrollo y la libertad de los seres humanos.

¡Hasta siempre Don Gregorio!

Mientras buscaba información en diferentes sitios en Internet, el monitor me mostraba una vieja fotografía de Don Gregorio (el protagonista de "La lengua de las mariposas"), junto a la fotografía también había una frase trágica: "Muere actor español Fernando Fernán Gómez". Periódicos importantes del mundo y agencias internacionales de noticias, informaban de la muerte de, a quien yo le llamo, "Don Gregorio, el de La lengua de las mariposas". La noticia, en mi rastreo, había dado la vuelta al mundo. Cuando hace un par de años vi la película, sabía que no estaba ante un actor cualquiera. Al ver desfilar las escenas de la película, la duda me martillaba la cabeza al preguntarme si aquel estoicismo, paciencia y desenfado era solo parte del "show" de la película, o era una perfecta simbiosis con el personaje del guión. Siempre he creído que darle vida a un personaje no lo hace cualquiera por muy buen artista que sea, si no hay empatía con ese ente a encarnar, de seguro hará un burdo remedo. Fernando Fernán Gómez murió a los 86 años de edad el miércoles 21 de noviembre de 2007 a las 6:00 p.m. en un hospital de Madrid. Voces en España ha manifestado que la cultura española ha perdido a uno de sus mejores hombres. El itinerario artístico de Fernando Fernán Gómez es múltiple: actor, cineasta, escritor, columnista, académico de la Lengua, poeta. Si hay algo que destacan sus colegas es que Fernán Gómez nunca dejó que solo una disciplina artística se apoderara de él. Como sus múltiples oficios así fueron sus premios y reconocimientos: premio Príncipe de Asturias de las Artes, los premios Nacionales de Cine y Teatro, la Medalla de Oro de la Academia de Cine y la máxima cantidad de premios Goya (7) que en el ámbito del cine español haya podido alguien ganar. Protagonizó alrededor de 200 películas y dirigió unas 30. En su filmografía se encuentran los siguientes títulos: "Botón de ancla", "El inquilino", "La

venganza de Don Mendo", "Ninette y un señor de Murcia", "El espíritu de la colmena", "Mamá cumple cien años", "La colmena", "Esquilache", "Belle Epoque", "El abuelo", "Todo sobre mi madre", "La lengua de las mariposas". De su trayectoria literaria también es necesario hablar, pues la inicia con la novela "El vendedor de naranjas" (1961) e incluye también obras de teatro como "Las bicicletas son para el verano". En poesía "El canto es vuelo", la autobiografía "El tiempo amarillo: memorias", y libros de relatos como "La escena, la calle y las nubes". Fernando Fernán Gómez llegó a España a la edad de tres años procedente de Lima, Perú, la tierra que le vio nacer el 28 de agosto de 1921, gracias a la madre actriz, quien andaba de gira por Suramérica en aquel momento. Fernán Gómez fue inscrito en el consulado de Buenos Aires, lo que significó que hasta 1970 conservase la ciudadanía argentina.

Las reacciones

"No hay nadie que esté a la altura del hueco que deja Fernando Fernán-Gómez como actor, director y autor de guiones, obras de teatro y novela. Su sombra es enorme" afirmó a la Agencia de noticias de España (Efe) la presidenta de la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas, Ángeles González Sinde.

El director del Centro Dramático Nacional (CDN), Gerardo Vera, declaraba en una página electrónica que "el mejor homenaje que se puede hacer a Fernando Fernán-Gómez es volver a ver su maravillosa interpretación en la película 'Viaje a ninguna parte'.

El cineasta Manuel Pérez Estremera, amigo de Fernán Gómez, declaró que el actor "era mucho más que un gran artista".

La directora del Instituto Cervantes, Carmen Caffarel, ha afirmado que ha desaparecido "el gran hombre del teatro y del cine español de la segunda mitad del siglo XX".

"Quiero dar una lección a todos los que creen que el futuro está en sus manos" dijo alguna vez Fernando Fernán Gómez. Sin duda lo ha hecho. Descanse en paz maestro Gregorio, en la lengua de las mariposas.

Fuentes:

www.eluniversal.com.mx

www.elpais.com

www.minutodigital.com

Agencias internacionales





LA CEIBA DE LA POESÍA CUBANA

José Nelson Castillo

(Poeta e Investigador)

Poeta, Entrevistador y Promotor cultural, miembro del Taller Literario "Sindo Garay", (1988) de Pinar del Río, y de la Sociedad Cultural José Martí, actualmente dirige la Cátedra Polo Montañéz de la Facultad Provincial de Cultura Física de Pinar del Río.



“Declaración”

Me despierto poseído por los fantasmas,
vienen con la simulación de los mortales,
oscurecen los pasos del forastero.
El peregrino sabe del peligro,
De estar fuera del círculo escribiendo consignas,
No hay jugada perfecta,
Todo tiene una sombra un antifaz,
Sobrevivir a la cacería.
La serpiente duerme en la hierba,
Después de comerse el orador y su discurso,
Nadie profana la velocidad del camello,
La forma de su cuerpo,
Que sube hasta los astros y consume la distancia.
La mano se cansa de escribir,
De buscar solución a la página trunca,
Me declaro culpable;
De amar el silencio y la verdad.

Resolución

En esta mesa termina el mundo,
El equilibrio de la manzana con su verdad trunca,
“To be or not to be”
esperando los buenos tiempos,
La puta de la esquina deslumbra con el celular en sus caderas,
Conmueve la ciudad.
Alguien se molesta con dar explicaciones.
Los amigos se han ido detrás de la moneda,
El viaje interminable. La nostalgia consume sus gargantas.
Soy la gota de agua de ilustrados en comillas.
En esta mesa,
Resuelvo:
La angustia,
El perdón.
Profeta de mi tierra con el peso de las trampas.
Nadie tiene la luz,
Si no corre por la sangre.

A Nelson lo conocí por medio del poeta Fidel Valverde, quien me presentó a todos los vates de Pinar del Río. Nelson siempre mantiene una amplia sonrisa y su conversación es dinámica y directa, pareciera que el discurso rodeado de palabras innecesarias pudiera en algún momento borrarle la sonrisa, dejando de esa manera “De amar el silencio y la verdad” como nos dice en sus versos.

Este poeta pinareño aparte de comprar y devorar libros para su acervo intelectual, mantiene un puestecito de venta de libros donde se originan otros ingresos para poder de alguna forma aliviar el hambre, la necesidad... por la literatura y su universo.

Queda en estas hojas otro exponente de la poesía cubana actual para seguir llenando de hojas la Ceiba de la poesía cubana.

JORGE HAGUILAR

Mensaje

Busco el aplauso en la vigilia que me sostiene,
Soy el héroe de san Lázaro y sus perros.
El dolor de otros pulsa el ritmo de mis versos.
Dulce memoria de hombres sin perdón,
Son tiempos de herejía.
Hablar inglés, francés,
Olvidar el azul y sus consignas.
Apellidos ilustres van y caen.
Descubrir la cuerda floja es cosa de genios.
No siempre las palabras se las lleva el viento.
Cierro los ojos, cuento hasta diez
la vida me alcanza sigo en mi lira.
Nadie intenta domar los demonios del alma.
Bienaventurados, si alguien me escucha
La paz es un sueño alto, hay que intentarlo.

Réplica para un muerto que suena

Una leve sonrisa un trago amargo intentas subir y desmayas
En el nombre del padre te bendigo
Ojala que en el cielo te perdonen
Busca nuevos caminos volver siempre es un riesgo
Nadie quiere pagar cuentas pendientes
El exterminio de uno contra otros
Hombre-mar-tiempo
Deja que las cosas lleguen barco de papel
Nadie llega a la meta de inmediato. Todo tiene matices
Las piedras son para héroes
“hay golpes en la vida tan fuertes yo no sé golpes como del odio de dios.”

DIRECTORIO

Director de Diario Co Latino
Francisco Elías Valencia

**Coordinador de
Suplemento Cultural Tres Mil**
Otoniel Guevara
oguevara@diariocolatino.com

Coordinador de Aula Abierta
Vladimir Baiza
vbaiza@diariocolatino.com

Equipo de producción editorial
Tomás Andreu | tandreu@diariocolatino.com
Roberto Deras | rderas@diariocolatino.com
David Juárez | djuarez@diariocolatino.com
Pablo Benítez | pbenitez@diariocolatino.com
Marcos Navarrete | mnavarrete@diariocolatino.com
Raquel Cañas | rcañas@diariocolatino.com

Colaboradores en El Salvador
Edgar Alfaro | René Chacón | Norman Douglas B.
Néstor Durán | Angel Portillo | Jennifer Valiente

Colaboradores en el mundo
Carlos Ábrego en Francia.
Luis Manuel Pérez Boitel en La Habana.
Javier Campos en Connecticut.
Gabriel Jaime Caro en Medellín.

Dirección:
Suplemento Cultural Tres Mil,
Diario Co Latino
23a Avenida Sur, # 225,
San Salvador, El Salvador, C. A.

Telefax:
(503) 22 71 08 22

Las opiniones vertidas en los artículos son responsabilidad de sus autores.
No nos responsabilizamos por la devolución de originales no solicitados, ya sean textos o imágenes en cualquier soporte posible.
Toda colaboración deberá enviarse por correo electrónico a:
3000@diariocolatino.com



Murió Fernando Fernán Gómez, un obrero de la cultura

Los medios silencian su trayectoria libertaria ligada desde muy joven a la CNT, legalizado

el sindicato anarcosindicalista participó junto a su compañera Enma Cohen en el histórico mitin de la CNT en Montjuïc.

CARLOS PEÑA

El 21 de noviembre de 2007 falleció Fernando Fernán Gómez después de llevar ingresado casi un mes en la unidad de oncología del hospital de La Paz de Madrid.

Siempre ha reflejado su impronta libertaria como reflejan sus películas «Las bicicletas son para el verano», o «Las lenguas de las mariposas» entre otras muchas, o sus artículos de prensa, donde deja opiniones tan evidentes como “los policías a quienes buscan, descubren, persiguen y atacan con tenacidad y furia, más que a los delincuentes, es a aquellos ciudadanos que no piensan ni dicen lo que les han ordenado sus amos, los jefes de la policía, los inventores de las leyes, los dueños de la tierra y el dinero”, en un artículo sobre el asesinato del joven anarquista Carlo Giuliani. O «Yo pienso más bien en el amor libre, en la supresión de propiedad privada, en la entrega de las tierras a los trabajadores, en la enseñanza igualitaria y obligatoria. Y no me parece que las películas españolas sean muy de izquierdas.», en una entrevista en el diario «Hoy».

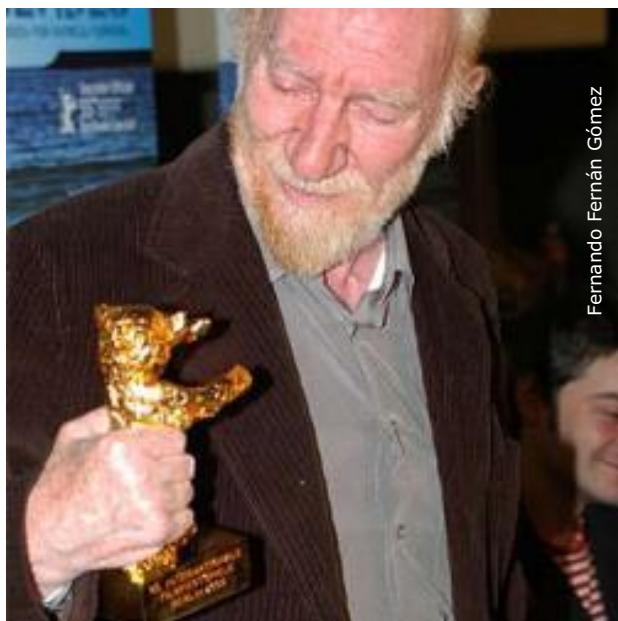
Probablemente Marisa Paredes lo describió a la perfección en la entrega como presidenta de la Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España de su décima medalla de Oro a Fernando Fernán-Gómez, expresando, desbordante: «Por anarquista, por poeta, por cómico, por articulista, por académico, por novelista, por dramaturgo, por único y por consecuente».

Hasta siempre compañero.

Carlos Peña

Rojo y Negro Digital

<http://www.rojoynegro.info/2004/spip.php?article20140>



Fernando Fernán Gómez

El abrazo de la lectura

FERNANDO FERNÁN GÓMEZ



Mujer leyendo, Fernando Botero

El libro se abre ante nosotros como se abre de piernas la amante entregada y posesiva. Como abren los brazos para acogernos el amigo y el familiar. En mi prehistoria se abrieron para mí los brazos diminutos, débiles y sucios de los primeros cuentos de calleja. Ya entre ellos se observaban diferencias sociales. Los más baratos cabían en la palma de la mano, su letra era casi ilegible y tenían las mejillas manchadas de tizones como de carbón o de tinta de escribir palotes, curvas y garrotes. No parecían pensados para que los leyeran los niños, sino las abuelitas, desojándose, al borde de la cuna. En cambio, los más caros, en octavo, se leían con facilidad y tenían letras de oro en la portada.

Vinieron después los libros de aventuras. Cuando aún no se ha llegado a la adolescencia, cuando aún no nos han amaestrado y no nos han inyectado en el cerebro la suficiente cantidad de resignación, nos asombra dolorosamente la monotonía de la existencia. ¿Cómo es posible -se pregunta el niño-, haber pasado ocho años padeciendo esta sórdida repetición cotidiana?. Los libros de aventuras, con su mentira piadosa, le abren las puertas de la esperanza.

Los libros escondidos. Los libros secretos. Hay que tenerlos debajo de los libros de texto. Leerlos cuando no nos ven nuestros mayores o los profesores, en el colegio. Son libros de aventuras, novelas folletinescas, policíacas. Y muy pocos años después -no años, meses-, novelas pornográficas. Qué inefable placer me proporcionan esas lecturas. Aldous Huxley dijo: «una orgía real nunca excita tanto como un libro pornográfico». Y con esto no intento sugerir a nadie que abandone las orgías.

Pero también el libro tiene enemigos entre los de su propia especie. En mi caso personal, fueron los libros de texto del bachillerato. Qué repulsión, qué aversión me ins-

piraron. Odio al libro, odio a la lectura, odio al conocimiento. Por fortuna, había en Madrid muchísimos puestecillos callejeros en los que vendían a mitad de precio noveluchas de segunda mano, o de tercera o cuarta, sobadas y requetesobadas, noveluchas de aventuras, policíacas y también verdes. Aquellos puestecillos hicieron que se conservara vivo mi amor al libro, que los catedráticos escritores habrían conseguido asesinar. En la guerra de libros -como no puede ocurrir en las guerras de verdad-, ganaron los pobres.

Aparecieron después los que algunos consideran enemigos del libro: el cine, la radio, la televisión... son, es cierto, otros medios de difusión de la poesía, y también de la música y de las artes plásticas. Pero, aunque enemigos en cierto aspecto, es difícil que derroten al libro, ni creo que pongan en ello interés. El libro les lleva la ventaja de la corporeidad, de la cercanía. El libro lo tengo, lo poseo, puedo incluso darle achares, no mirarlo, no leerlo y, sin embargo, conservarlo. No es efímero. Puedo también tenerlo en las manos, acariciarle el lomo como a un perro amigo, hojearlo, sobarlo, puedo besar algunos de sus renglones si me han conmovido. Tanto si es un libro lujoso, encuadernado en suave piel, como si es un libro popular, de los que se doblan y se pliegan sumisos para ser leídos en la cama, con los que uno puede acostarse sin muchas dificultades (...)

Echo una mirada a la biblioteca. Cuántos libros en ella que ha devorado el olvido. Y cuántos que ya no podré leer. Quiero decirles a esos libros que no leeré nunca, que no se sientan despreciados. Sí sé que no los leeré es porque estoy en esa edad en la que al tiempo se le ve volar como a un gorrión asustado, en la que se nos escapa como agua en un cesto, en la que huye como algunos queridos recuerdos. Pero al decir adiós, que un libro me abra sus brazos y repose sobre mi pecho.